

PLAZA PÚBLICA

Miguel Angel Grañados Chapa

Crimen sin sentido ¿O con qué sentido?

Cuando el Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo, Procup, asesinó a los hermanos Cortés Gutiérrez, incluyendo a la mujer de uno de ellos, justificó su crimen aduciendo que las víctimas “tenían compromiso con ellos”. Pero Enrique García y Jesús Samperio, vigilantes de *La Jornada* no lo tenían y probablemente también fueron ultimados por un pistolero mandado por el Procup. ■ 4

financiamiento del sector agropecuario.

Dicha situación tiene que ver, principalmente, con la caída en los precios de garantía en los últimos años, resultado de las políticas gubernamentales “que se tradujeron, primero, en un mal manejo y luego en un casi total abandono de los precios de garantía, así como a las tendencias recesivas del mercado interno, determinadas también por la política fiscal, salarial y de deuda del gobierno”.

Además de que la inversión pública

■ PLAZA PUBLICA

Viene de la 1

Durante años, este agrupamiento guerrillero, unido ahora explícitamente al Partido de los Pobres, ha enviado a los diarios decenas de ejemplares de un “periódico de construcción” como le llaman, un boletín propagandístico denominado *Proletario*, en que se desarrollan las tesis de la Guerra Popular Prolongada. Sus editores practican una diligente manera de encontrar destinatarios: de cada página de cada periódico toman cuanto nombre signa notas informativas, artículos, fotografías, cartones o aparezca en los directorios, para remitirles su no solicitada correspondencia. Imposibilitados de hacerlos llegar a destinos ignorados, en *La Jornada* se había resuelto no recibir más esa propaganda. Pero no había modo de hacerlo saber a los remitentes, que solían dejar sus mensajes a deshoras, subrepticamente. Hasta que ayer por la mañana, para nuestro infortunio, el portador de esos boletines resultó serlo también de la

muerte.

El Procup ha conferido carácter militar a las operaciones de difusión de su boletín: “La propagandización —dice el número 43 de esa publicación clandestina, si vale la contradicción, de enero de este año— como toda acción revolucionaria se ha venido llevando con una estrategia y táctica militar, pues tenemos presente que estamos en guerra! y en cualquier momento podemos chocar con el enemigo, por lo que debemos estar dispuestos a enfrentarlo con éxito...”

“Ante la presencia del periódico, el enemigo ha respondido aumentando el despliegue y vigilancia policiacas, apareciendo posteriormente a la distribución del periódico. Utilizamos el factor sorpresa y la clandestinidad, así el enemigo no ha sabido cuándo, dónde, ni a qué hora se ha llevado a cabo la tarea, replegándose en orden nuestros comandos...”

“Sin embargo, hubo gente que incurrió en delitos contra la revolución al quemar propaganda revolucionaria y

sembrar la confusión tratando de vincularnos con el Estado...”, terrible acusación esta última porque ella implica simultáneamente una sentencia, la de muerte, practicada por pistoleros con pericia y sin alma.

Juntos, el Procup y el Pdlp, no son una fuerza revolucionaria, sino una banda represiva. Saberlo, sufrirlo, decirlo aterra, pero es preciso no callar. Si esos grupos prosperan es porque se ha resuelto alentar, o al menos no refrenar el clima de violencia política, que ahora incluye amagos masivos como el representado por la colosal amenaza que ayer invadió a la ciudad de México, es decir, Antorcha Campesina, agrupación priísta, que no se ve cómo cabría en el nuevo PRI que surgirá en septiembre.

No sin añoranza, recuerdo un episodio trágico que en septiembre de 1977 golpeó a la prensa española, en forma muy similar al ataque habido ayer en este casa. El semanario catalán *El Papus* fue víctima de un bombazo, en que murió un con-

serje, y trece personas más quedaron heridas. Al día siguiente, más de 6 mil personas salieron a calle a expresar su protesta, en Barcelona, y dos días más tarde toda la prensa de esa ciudad, y casi toda la de Madrid —con la excepción de *El Alcázar*— decretaron una huelga de 24 horas, en solidaridad con la publicación cuyo vigilante había caído.

Aquí, por desgracia, no sucederá nada parecido. La vida de dos pobres vigilantes, uno de los cuales a los 16 años estaba ya lanzado a un oficio que requiere máxima adultez, parece importar a muy pocos. Tampoco parece importar la suerte de un diario que se propone fines tan sencillos y elementales como narrar lo que sus ojos ven y reflexionar en lo que al país concierne. Pero más temprano que tarde, por desgracia, todos pagaremos el precio de esta dejadez, de esta importopiquismo.

Suele reflejarse en este espacio un ánimo optimista. Hoy no. Tal vez mañana.

La Jornada
Martes 3 abril 190